

Néstor Jaén: la misa de los pobres

Eduardo Valdés., sj.

Entre carnavales, un Dios sonriente

No se lo llevó el corazón, sino las entrañas. Tenía varios años de tener un corazón frágil; de hecho, se estaba preparando para una operación, pues las angioplastias anteriores habían ayudado, pero el problema seguía avanzando. Por eso, en su última entrada al hospital, los doctores estaban pendientes de su corazón enormemente sensible, pero que había mantenido la batalla. Al final de cuentas, ese corazón pobre hizo su trabajo. No se puede decir lo mismo de las entrañas.

De infante, sus hermanas lo recordaban como el niño de pelo rubio que atraía las miradas de las señoras por seriecito y guapo. El pelo ensortijado le atrajo comparaciones, aunque muchas de ellas no fueron de su agrado. Sobre todo, aquella donde decían que tenía una cabeza parecida a Henry Kissinger. Su trabajo y su manera de actuar eran el polo opuesto de este personaje ligado a la seguridad de los Estados Unidos, que lidió con la guerra de Vietnam y tuvo políticas duras hacia América Latina, aunque citaba con fruición a "Cien Años de Soledad", de García Márquez.

Sus hermanos y hermanas lo apreciaban mucho no únicamente porque era el pequeño del segundo matrimonio del padre, que había enviudado y vuelto a casar, sino también por su profundo sentido de familia y por terminar aconsejando y ayudando a sus hermanos mayores que podían haber sido su padre. Con otro hermano heredaron el gusto

* Jesuita. Colaborador con este número de Diakonia. 124, (Diciembre 2007).

por la música y esa pasión por hacer bien las cosas. Le encantaban las interpretaciones de su hermano, si bien Néstor nunca aprendió a tocar ningún instrumento musical.

Venía de una familia ilustre cuya historia estaba ligada a la de esa ciudad de la provincia que ya había dado un presidente a la República de Panamá y otra serie de personas con éxito empresarial. Nunca le gustó el boato, siempre mantuvo el recato ante la riqueza y la fama, así como la modestia ante cualquier tipo de codicia. La antigua calle Central fue testigo de sus paseos, sus nostalgias y sus querencias. Lo mismo sucedió con el río que acariciaba esas calles de su pueblo, como solía decir, río que con el tiempo se transformó en una avenida colorida donde el carnaval acuático iba ganando celebridad entre las diversas fiestas carnestolendas que tanto movilizan al pueblo panameño. El carnaval se volvió puerta de entrada para introducirse en el corazón de esa cultura donde la fiesta, la risa, el rey Momo y la inversión de los valores iban de la mano con el miércoles de ceniza, la peregrinación del Jesús de Atalaya y una religiosidad que venía de lejos y se mantenía en esa capilla del alma donde un tiempo de respeto ardía para mostrar la presencia del Santísimo.

Así, su religiosidad fue parca pero festiva, sencilla pero risueña, íntima pero musical. Desde niño, unía devoción con habilidad para el baile, gusto por Dios con saber saborear los pequeños detalles de la vida. Verlo saborear el arroz permitía atisbar su delicadeza ante la música y sentirse invitado a entrar en *le sancta sanctorum* de su deseo por Dios. Su inteligencia le abrió camino al sentido de fiesta que nunca lo abandonó. Dios es alegría y hasta la paz se celebra con cohetes, bollos y unos merengues famosos de la abuela. La inteligencia de la vida lo guiaba certeramente a lo esencial aunque al inicio podía parecer intransigente para, luego, volverse escrupuloso y llegar, finalmente, a ser hospitalario. Con el tiempo y la experiencia, se convirtió en una inteligencia de Dios, no solo un Dios del banquete, sino también el Dios para todos. Toda diferencia era invitada a caminar hacia ese Dios musical que es Uno.

Esta religiosidad podía parecer rústica, pero iba labrando en su corazón un amor profundo por la eucaristía. Era en esa foto antigua con su traje de primera comunión donde unos ojos con chispa mostraban ese fuego del corazón que se mantuvo candente por Jesús. Su deseo de hacerse médico para sanar y ayudar a las personas lo llevaron a Madrid,

y patentizaban ese afán loco de encontrar y darle sentido a la vida, a la suya y a la de los demás. Su fidelidad a la misa se volvió ese carnaval donde un Dios se hacía hombre, un pobre enriquecía, un casto plenificaba de amor y un humilde enaltecía. Era el baile de la cruz con la resurrección, del sufrimiento con la consolación, de la obediencia extrema con el amor. La comida y el trago hablaban de un Dios que afirmaba: no son ustedes. más que las aves del cielo, cada día tiene su afán, les regalo una paz y una sangre que conducen hasta la vida eterna. Los cantos traían notas precisas donde el ritmo de los ancestros y las melodías modernas mostraban una tradición, Dios había puesto el arco iris en el cielo y la música en la tierra para mostrar que nunca más la violencia contra el ser humano, sola la misericordia y la bondad.

Su entrada en la Compañía de Jesús, siendo estudiante de Medicina en España, tomó por sorpresa a todos, inclusive a él mismo. No era fácil imaginar ese joven lleno de fiesta, tímido, extrovertido y, posiblemente, llamado a trabajos políticos, entrar en una orden que había mantenido la tensión entre ser monacal y apostólica. Las prácticas de Villagarcía, el noviciado célebre en España, lo encaminaron entre sobriedad del espíritu y ese Jesús sonriente; entre las penitencias, cilicios y disciplina y ese Jesús alegre que recorría los lugares de su pueblo; entre echar culpas, comer de rodillas o pedir a los demás compañeros una porción de comida y ese Jesús que convertía el agua en vino o comía con publicanos y pecadores. Ese corazón escrupuloso sintió un alivio poderoso cuando conoció a Ignacio de Loyola. La diversidad de reglas iba con su espíritu puntilloso y detallista, pero la libertad que éstas regalaban resonaba con ese corazón dicharachero, bullicioso y amigo de las festividades comunitarias.

Encontrarse con ese Cristo, “rey eternal” que llama e invita a seguirlo en la pena y en la gloria, fue el repicar de campanas que llevaba en su corazón desde que la memoria lo acompañaba. La meditación de las dos banderas fue como un injerto en su corazón pecador que hizo florecer, y dar frutos en todas las estaciones, esa gracia de seguir a Jesús. La cruz no lo amilanó, aunque su corazón juvenil no conocía aún las zozobras de una justicia que, con el tiempo, se cobijó bajo sus canas para ser siempre el abono predilecto de todas las obras que emprendió.

La meditación para alcanzar amor finalizó por hacer universal su corazón, universalidad que con el tiempo añejó el ecumenismo. Ese modo de proceder que le regaló Ignacio y que le hizo gustar el Espíritu se volvió para Néstor, su pan cotidiano y su bebida predilecta. Su fe encontró su centro y se disparó hacia el cielo como justicia de la misma manera que, años después, logró formular acunado por esa Congregación General 32 que selló sus entrañas.

Su regreso a la provincia Centroamericana todavía lo vio con un rostro juvenil, pero ya su experiencia se hacía adulta y comenzaba a perder el miedo de asumir los proyectos que la obediencia le regaló. Su magisterio en el viejo colegio Centroamérica, en ese entonces danzando con el lago de Nicaragua y cubierto por el manto de los chayules, le hicieron recordar su primera publicación juvenil, titulada "A vuelos de pluma", donde la poesía se mostraba en toda su ingenuidad y los versos todavía calzaban zapatos que no los dejaban bailar. Pero el encuentro con los "chavalos", esos jóvenes que no le dejaron perder su espíritu juvenil, le mostró el camino del servicio como acompañamiento. En ese entonces, el colegio era un pequeño popurrí de nacionalidades, de externos e internos y de una formación jesuítica férrea, disciplinada y un espíritu ignaciano que no tenía miedo de la ciencia, de la rigurosidad y de la novedad.

Entre misa y misa, un Dios de los pobres

La teología lo llevó a ese México, D.F. donde todavía había días que autentificaban por qué había sido la región más transparente, aunque el águila posada sobre un nopal solo quedaba retratada en el dinero. Los estudios teológicos le encantaron y fueron un semillero productivo de amistades, al mismo tiempo que, bajo el calor del Concilio Vaticano II, sintió la invitación de hacer cercano a Dios. La biblia y la liturgia debían estar al alcance del pueblo para que la religiosidad popular no perdiera el norte y fuera evangelizada. En ese momento, resonaron en su corazón el tamborito y la cumbia "atravesá", el baile de los diablitos y la saloma de los abuelos, todo ese baile típico que la gente iba menospreciando porque era música de campesinos pobres, de cholos incultos y de épocas donde los buchís estaban casi en taparrabos. El acordeón, los tambores y las guitarras sonaban de otro modo con esas letras que se volvían esperanza y fuerza para los

abandonados y los sufrientes. “Subamos al altar de Dios” venía acompañado de esa historia de fe de los necesitados que se volvía danza, música y explosión de alegría. Entre la exégesis bíblica y la dogmática iban tejiendo el canto de entrada y el “Señor ten piedad”, entre la escatología y la moral, el “gloria” venía afinando su paso; entre la teología espiritual y la sistemática, el “santo” cadenciaba ese campesino que sabía respirar la naturaleza como alabanza a Dios. Con otro jesuita panameño, Néstor iba cotejando cada ritmo, cada quiebre y cada letra de la misa.

Muchos años después, cuando la experiencia, las canas y el corazón le susurraban la vejez, quiso volver a recoger esa música de la misa. Ya no extraía su fuerza de esa saloma delicada y tierna de San José a su esposa y al niño, sino que ahora quería recoger ese continente mestizo, afro e indígena. Cada canción de la misa iba a ser una geografía donde se reconociera el Caribe y el pasillo, el merengue y los Andes, el Pacífico y la cueca. La excusa para acelerar el paso se la dio Asuntos Exteriores de España, cuando invitó a conmemorar los 500 años del descubrimiento de América. Sabía que Ellacuría había escrito que más bien se había descubierto España y en sus entrañas estaba esa paradoja de sangre en los altares mayores y donde la violencia traía esclavos a morir en las minas, pero antes eran bautizados para que pudieran entrar al cielo. Es cierto que también fue semilla de cambio y resistencia obstinada de la bondad donde muchos rostros mostraron la fortaleza de la defensa de los indios, de los negros y de todos aquellos que terminaban como esclavos.

Esta misa de los 500 años iba esculpiendo esta historia entrelazada del misterio de iniquidad y el misterio de la cruz. Al principio, con entradas barrocas donde los instrumentos ancestrales iban de la mano con la guitarra eléctrica y los efectos digitales hasta ir haciéndose recatadas, pudorosas y llenas de espíritu. Así, el “Señor ten piedad” contaba una historia dolorosa de los 500 años que era tomada por la utopía valerosa del canto de la paz. Pero siempre misa, ese paso donde el sufrimiento es llevado a la victoria del amor, ese lugar donde la vida vence para siempre a la muerte.

Esas dos misas le dieron a Néstor el tiempo de seguir buscando el camino para servir a Dios. Había estado dando ejercicios de San Ignacio como el don más grande de ese santo a la Iglesia. Había publicado una manera de hacerlos como aporte de su experiencia. Pero siguió

profundizando en ese camino a Dios que terminaba siendo eclesial y de servicio para los otros. Así fue naciendo, junto con los ejercicios, un movimiento que llamó “Jesús en los pobres”. Era hacer los ejercicios en grupo y, como corolario de la elección ver qué trabajo conjunto podían hacer en su comunidad, desde trabajar en una siembra conjunta para regalar la cosecha a la gente pobre del lugar, pasando por hacer un pequeño comedor popular en la parroquia para los menesterosos o terminar agrupándose para defender los derechos básicos del barrio donde se vivía. La fe sin obras es fe muerta, las obras sin fe son obras ciegas. Así como los ejercicios cuajaban en una historia personal donde Dios era el único absoluto, como grupo permitía seguir colaborando con ese Dios solidario, un Jesús que había respondido a la pregunta que le hacían: “¿Quién eres?”, diciendo: “vengan y lo verán”. En el ejercicio concreto de la bondad en beneficio de los pobres, los primeros discípulos habían encontrado la respuesta a su deseo de Dios y hallado aquel que llevaba al Padre.

Jesús en los pobres era la invitación y el camino para que la oración se hiciera historia y para que lo que se construía no perdiera ese matiz divino. Su alegría iba en aumento cuando era invitado a parroquias de las diversas provincias de Panamá o incluso del exterior. Siempre afirmaba que no era a él o el movimiento a quién le tocaba organizar o llevar adelante la diversidad de proyectos y sus requerimientos, sino que él era el detonante y el acompañante de lo que Dios iba poniendo en el corazón de cada uno del grupo y en el corazón del proyecto comunitario. Al final, solo aceptaba dar los ejercicios bajo esta modalidad. Su talante musical lo llevó a confeccionar una especie de himno de Jesús en los pobres. Ese canto era comienzo y corolario de la meditación y de la opción por seguir a Jesús: ser puestos con ese Jesús en los pobres.

Entre cantar y cantar, caminar humildemente con Dios

Había un grupo de jesuitas que no dejaron de llamarlo “maestro”. En la etapa de formación se le hacía broma de que, lo íbamos a lanzar al estrellato. Recién ordenado sacerdote, en su tercer año de Teología, lo invitaron a ser superior de una comunidad de estudiantes centroamericanos en México, D.F. Obedientemente, aceptó el encargo

de acompañar a varios jesuitas que estaban en sus estudios de filosofía y de teología.

Unos años después, regresa a San Salvador, donde se le invita a ser el acompañante de los juniore, esos nóbeles estudiantes recién salidos del noviciado y que entraban al mundo del estudio. Además de la diversión de ser superior, se dio a la tarea de estudiar Psicología como ciencia "humilde" del acompañamiento espiritual. En ese tiempo, se sintió como pelota de frontón: unas veces, dando ejercicios a religiosas; otras a grupos de jesuitas; y otras más, escuchando a sus juniore o a sacerdotes diocesanos que veían en él una mano amiga y un confidente audaz. En El Salvador de esos años, la situación de pobreza iba fraguando lo que años después sería la guerra civil. Néstor ya no estuvo en esos momentos de violencia, aunque propagó, con todos sus ánimos, varias canciones que se hicieron por la muerte de Rutilio Grande en Aguilares como lo había hecho por Héctor Gallegos, un sacerdote diocesano desaparecido y nunca encontrado en Santa Fe, comunidad campesina de Panamá.

Todos esos acontecimientos los vivió en la esquina de la provincia centroamericana, pues, siendo superior de los juniore, nuevamente, es invitado a inaugurar el nuevo noviciado en Panamá. Muchos años había estado en Santa Tecla, El Salvador, como parte del panorama de la iglesia de El Carmen. En ese noviciado, se había estrenado el P. Elizondo, que llegó junto con sus novicios para iniciar ese camino en Centroamérica. Entre ellos, él más célebre era el novicio Ignacio Ellacuría, que junto con otros compañeros cerrarían el círculo de sacerdotes asesinados abierto por Rutilio.

Néstor y sus primeros novicios iniciaron, tanto física como espiritualmente, la construcción del noviciado en Pedregal, barrio en las "afueras" de la ciudad de Panamá, hoy parte de un Distrito especial populoso, grande y lleno de retos. Como San Ignacio y sus primeros compañeros, Néstor, literalmente, no tenía dónde vivir con sus novicios. El pastor de la vecina iglesia Metodista le cedió la casa adyacente al lugar de culto. Ahí empezó Néstor a ser maestro de novicios e ingeniero en construcción del noviciado. Plantó un árbol en el centro de los cuartos de noviciado para recordar que se vivía pobremente, pues la pobreza es madre y muro de defensa de la vida religiosa.

Los novicios que iniciaban su primera probación iban descubriendo ese noviciado sobrio y eran llevados a los carnavales para que fueran conociendo un modo de ser del pueblo al que llegaban, donde la fiesta, la lotería y el Cristo de Portobelo hacían una amalgama de religiosidad, azar y espíritu bullicioso. Recorrer los sectores pobres del barrio en el que estaba el noviciado era parte de esa experiencia donde la compasión necesitaba ojos certeros y oídos finos para responder con creatividad libre y responsable.

La Congregación General 32 había puesto el sello para esa Compañía de Jesús pecadora, pero llamada a seguir a Jesucristo. Fe y justicia hacían brotar, nuevamente, ese espíritu de los ejercicios que había encontrado cuerpo en la Mínima Compañía de Jesús. Néstor era un lector incansable de la Congregaciones Generales, pues veía y sentía ese espíritu siempre vivo, siempre fuerte que sopla donde quiere. "El hombre para los demás" del P. Arrupe llevaba a la intimidad con los pobres, estar con ellos y asumir sus causas. Leer las noticias y escuchar las personas que trabajaban sobre la realidad social eran parte de ese noviciado que formaba jesuitas para ese mundo novedoso donde la Iglesia encontraba su puesto y su lugar. El mundo de los pobres se volvía la estrella que seguir para no perder a ese Jesús que había puesto su casa entre los seres humanos. Cuando dejó el noviciado, continuó buscando un lugar donde la pobreza siguiera siendo un acicate de entrega y de compromiso. Por eso, años después, cuando la Congregación General 34 desplegó fe y justicia hasta la cultura y el diálogo interreligioso, Néstor estuvo presto y diligente en asumir la bandera de esta empresa comenzada que Jesús ponía una y otra vez en mano de los seres humanos, de la Iglesia y de la Compañía de Jesús.

No solo escribió un libro sobre el ecumenismo como antes lo había hecho sobre fe y justicia, sino que también se puso a tejer las relaciones entre las Iglesias históricas, los judíos y los musulmanes. Hizo varios intentos con las sectas pero, descubría que no tenían voluntad de unidad sino un proselitismo a ultranza. El diálogo supone identidad de los integrantes, pero el deseo de encontrar un trabajo que haga converger la pujanza y competencia de cada integrante para el bien de la gente, para el bien de los pobres.

Entre los artículos de periódico que solía escribir cada semana, las múltiples reuniones a las que asistía y las marchas que recorría, iba viendo cómo encontrar un terreno común para ese ecumenismo, lugar que iba desde tener una casa física para encontrarse hasta los temas en los cuales pronunciarse en apoyo o como crítica constructiva, pasando por las oraciones, ayunos y manifestaciones comunes para así descubrir que el mismo Jesús que los separaba los invitaba a la unidad. La diferencia se vivía pero la tierra prometida de la unidad ya estaba avizorada y había un corazón resuelto a caminar para llegar a ella con otros. El camino era largo, pedregoso por tiempo, pero la esperanza mantenía la batuta de esa polifonía de Dios.

Entre tanto, fue conociendo las canas y su corazón mantenía la ilusión y el sueño, pero no el vigor. Las dietas se le hacían cuesta arriba y los pequeños puños de arroz comidos en soledad le servían para no perder el humor ante un corazón que ya vivía en sobresaltos. Sabía que tenía que cuidarse y lo hacía, sentía que debía seguir siendo fiel y lo cumplía. Entre ese saber y ese sentir, iba encontrando la sonrisa, el gusto por la comida y la canción que alegra el corazón.

Cuando descubrió los beneficios de la jubilación, se dio cuenta de que podía ir al cine todos los miércoles, pues, pagaba medio precio. Por una entrada, podían ir dos a ver películas que mostraban el cambio que se producía en las sociedades y la globalización que inundaba todos los rincones. Panamá había sido un país multicultural y multirracial donde se veía todo cruce posible de razas, lenguas, religiones y culturas. Con la globalización, cada país se estaba volviendo un Panamá de antaño y Panamá se convertía en un punto digital más de esta realidad mundial.

Su sentido eclesial se mantuvo en todos los avatares de la vida. Su espíritu crítico tocó todas las instancias, pero su sentido de cuerpo ritmaba todo este ímpetu y este volcán de cambios en beneficio de los pobres. En medio de esa mirada universal, mantenía su cercanía con la gente, llevaba de manera discreta su aceite de los enfermos por si se encontraba con algún accidente o una persona en trance extremo y así darle, de ser posible, el consuelo de la unción de los enfermos y la confesión. Si el autobús donde iba pasaba en medio de un accidente, su corazón murmuraba una oración y un perdón bajo condición para todos los que estaban a punto de fallecer. Su deseo era seguir el camino del

buen samaritano, no pasar de largo ante el que sufre, ante el pobre. Por eso, también colaboraba con la pastoral universitaria de la Universidad Nacional y después con la Tecnológica. Las nuevas generaciones formadas debían tener ese espíritu y esa entrega.

Cuando le sorprendió la muerte, todos pensaron que ese corazón débil se había rendido. Pero se descubrió que, dentro de la fragilidad, seguía caminando con Néstor. Sus intestinos se paralizaron y la muerte encontró la ventana para entrar, sus entrañas le dijeron al oído que era tiempo de encontrar al Padre, ya era hora de la fiesta definitiva y de ese banquete donde los pobres lo esperaban. Solo sonrió y dejó escapar su última saloma; la tarde caía, el trabajo había terminado, entre canto y canto se volvía a la casa y al reposo merecido.

Su misa de cuerpo presente fue su último aporte al ecumenismo. Ante su féretro, diversas denominaciones entonaron esa oración y esa canción que Néstor dirigía como su nuevo aporte a este mundo donde había caminado en la voluntad de Dios y su corazón ecuménico llevaba esa fe y justicia hasta ese Dios que perdura para siempre. Su silencio comenzaba a tejer su tercera misa. Eucaristía que llenaba de canciones el cielo y en la tierra propagaba la misericordia. Ahora lo hacía en espíritu y verdad. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. A vuelo de pluma dijo su amén.